

Allí en su obsequio á porfia,
 Con cadencias y colores,
 Se apuraban en primores
 La pintura y la armonía.
 Y al querer la Musa mia
 Hacer versos en su honor,
 Apolo conocedor
 Me dice en secreto: „mira:
 „Dale á la REINA esa lira,
 „Que Ella los hace mejor.”



Así un buen Príncipe premia
 Al Genio que sobresale:
 Sola su presencia vale
 Por cien años de academia.
 Á nobles obras apremia
 Al mas tímido su vista:
 Ni hubo jamas quien resista
 Á REY que á su tiempo ha dado
 Una mirada al soldado,
 Y una sonrisa al artista.

EN EL DIA DE SAN FERNANDO.

EL DESEO INUTIL.

SONETO.

CANTA, me dice un natural deseo
 De obsequiar en su dia al Soberano:
 Calla, me dice Apolo, que es en vano,
 Pues yo la lira no te di de Orfeo.

Pero este gozo que en los rostros leo,
 Este ansioso postrarse al Solio hispano,
 Este amor al delirio tan cercano,
 ¿Se ha de entregar, sin canto, al vil Leteo?

¿No está, responde Apolo, en compañía
 Del REY la excelsa AMALIA, á quien ni escaso
 Su llama dió el Amor, ni yo la mia?

Pues de su labio en prosa, ó verso acaso,
 Vale mas „Ten, FERNANDO, un feliz dia,“
 Que todos los elogios del Parnaso.



EN EL MISMO DIA

AL RIO QUE PASA POR ARANJUEZ.



SONETO.

TAJO, tú que el furor de las pasiones
Remedas en cascadas rumorosas,
Y luego espejo claro entre las rosas
Nos retratas de AMALIA las facciones;

Alza la frente á mis alegres sonos,
De la dorada arena en que reposas,
Y oye cual tus orillas venturosas
Resuenan en aplauso y bendiciones.

A FERNANDO su pueblo las ofrece,
Y hoy se venera su bondad propicia,
Que tanto, ó Rio, á tí se te parece;

Pues como tu corriente su justicia
Con los soberbios riscos se embravece,
Y á las sencillas flores acaricia.

EN EL ARCO GRANDE

ERIGIDO EN LA CALLE DE ALCALA.

SOBRE EL ARCO PRINCIPAL.

Ya llega el que de Reyes descendiendo,
 De rodilla en rodilla,
 Nació á ser SOBERANO de Castilla.
 Volad, ingratos, rodead su Trono,
 Que es muy dulce en su labio un „Ye os perdono.”

HACIA LA PUERTA DEL SOL.

Vuelve á unirnos en paz, lazo precioso
 De FERNANDO y AMALIA,
 En bien de Iberia, y gloria de la Galia.
 La rebelion vencida
 Sea el último conflicto de su vida.

LAPIDAS DEL PRIMER FRENTE.

A LA REINA.

No movieron tus virtudes,
 Dulce AMALIA, al bando aleve;
 Mas el cielo al fin se mueve:
 Y sus gracias venturosas
 Á tus lágrimas hermosas,
 Solamente se les debe.

A LOS INFANTES.

En fortunas y conflictos,
 Siempre á vuestro REY adictos,
 Sereis, INFANTES hispanos,
 En fidelidad y amor,
 Grande ejemplo á los hermanos,
 Y á los vasallos mayor.

A LUIS XVIII.

Lo que nunca acabar pudo
 De familia el regio nudo,
 Hoy confirman tus trofeos:
 Pues tu gran favor obliga
 Á que todo Español diga:
 Gran REY: „Ya no hay Pirineos.“

AL AUGUSTO DUQUE.

Solo en Tí, excelso ANGULEMA,
 Cabe la ventura extrema
 De restituir con gloria
 A su prole un Padre amado;
 Y traérselo sentado
 En el carro de victoria.

LAPIDAS DEL SEGUNDO FRENTE.

A LOS REALES ESPOSOS.

¡Ó REYES! en nuestro pecho
 Mandad siempre en tierna union.
 De FERNANDO es el derecho
 De ejercer recta justicia;
 Y de AMALIA la delicia
 De alcanzarnos el perdon.

AL EJERCITO FRANCÉS.

Id, valientes Militares;
 Contad en vuestros hogares,
 Que si vuestros triunfos bellos
 Nos dieron REY y quietud,
 Nos dejais tambien con ellos
 Ejemplos de gran virtud.

SOBRE LAS ESTATUAS COLOCADAS

EN EL ARCO PRINCIPAL.

A LA PATRIA.

Deja el luto, cese el llanto,
 Dulce Patria, y vuelve al canto;
 No de aquel horrible son
 Que la sangre nos helaba;
 Sino el himno con que alaba
 A FERNANDO el corazon.

A LOS REALISTAS ESPAÑOLES.

¡Qué bien sientan los laureles
 En la frente de los fieles,
 Que á su buen REY aclamando
 Fueron bravos en la lid!
 Cuando hay Reyes cual FERNANDO;
 Hay soldados como el Cid.

**SOBRE LAS ESTATUAS COLOCADAS
DENTRO DEL ARCO PRINCIPAL.**

LA TARTAR AL A

MARTE.

No siempre con sangre pago;
Ni á mi carro sigue estrago,
Luto, y desesperacion:
Sino que la paz le guia,
Y en pos lleva la alegría,
Cuando en él sube un BORBON.

REINICATON LOS DEL SOI A

CERES.

Pagad tributo á los Reyes,
Guardad al campo sus leyes,
Premiad del pobre el sudor;
Y coronada de espigas
Seré grata á las fatigas
Del zeloso Agricultor.

EN LA PLAZA REAL.

EN LA PLAZA REAL.

El brazo poderoso al oprimido
 Se enlaza, y los malvados se estremecen.
 Del gran LUIS, FERNANDO es socorrido.
 El Real cetro ANGLEMA da á sus manos;
 Y los grillos del REY á sus tiranos.

EN LA IMPRENTA REAL.

En los fastos del tiempo, en letras de oro,
 Brilla, dia feliz, en que la Imprenta
 Cesa de ser puñal y arma sangrienta
 De vil calumnia, y público desdoro.
 Ya sirviendo á las ciencias y al buen gusto,
 Se somete á tu ley, FERNANDO augusto.

EN EL ARCO DEL AYUNTAMIENTO.

AL REVERSO.

Vuelve al Pueblo, que ausente te ha llorado;
 Y ojalá en él, FERNANDO, te eternices.
 Harto la adversidad nos ha probado
 Que no podemos ser sin Tí felices.



EN LA DERECHA.

Bella, bondosa, y en edad florida,
 Llena de gracia y de piadoso anhelo,
 Sí, la virtud que se lloró perdida,
 En nueva imagen nos devuelve el cielo.

EN LA IZQUIERDA.

Los días de amargura ya pasados,
 Los soles de alegría son venidos;
 Volveis á esperar gracia ¡ó desgraciados!
 Volveis á tener Madre ¡ó desvalidos!

EN EL REVERSO DEL MISMO.

Para el mas alto trofeo
 Tu antorcha enciende Himeneo,
 Dos almas Reales dichosas
 Hoy ceden á tus ardores,
 Preven guirnaldas de rosas,
 Dispon conciertos de amores.

EN LA DERECHA.

En borrascoso mar el Iris brilla;
 Cesan luto y horror, sonríe el Cielo;
 De igual serenidad, gozo y consuelo
 El astro de Sajonia es á Castilla.

EN LA IZQUIERDA.

Con justo aplauso á venerarse vuelva
 En Manzanares la deidad del Elva:
 La gratitud de España la corona,
 Que aun no ha olvidado la virtud Sajona.

ARCO DE LA VILLA.

Sirve de triunfal corona,
 Arco, á la augusta Sajona,
 Que si al alto Cielo agrada
 El voto que te ha elevado,
 Tú la servirás de entrada
 Al mas glorioso reinado.

REVERSO DEL MISMO.

Pon ya fin á tu carrera,
 REINA amable, y considera
 Que si vacilante estuvo
 Ese Trono que allí ves,
 La lealtad lo mantuvo
 Para rendirlo á tus pies.

SOBRE UNA FUENTE.

Fuente que al pobre mantienes
 Dulce, pura y abundosa,
 No eres sola en hacer bienes,
 Pues la rival mas hermosa
 Desde hoy en la REINA tienes.



LA NORIA TRISTE,

Ó

LOS TRES NIÑOS AHOGADOS

EN UNA DE LAS DEL RETIRO.

La desgraciada ocurrencia de la muerte de tres muchachos hermanos (dos de ellos gemelos, de once años, y el otro de nueve), que perdidos primero de la casa de sus padres, parecieron luego ahogados en una de las norias del Retiro, produjo en todo Madrid un sentimiento general; y siendo este particularmente simpático al corazón del Autor, recientemente lastimado de un golpe semejante, le inspiró el ligero rasgo siguiente, que dedica á todos los que saben á prueba de cuánto dolor es para un padre la inesperada pérdida de los hijos.

CANTO LIRICO.

VIDA, vida infeliz, centella leve
 En estambre sutil cebada y presa,
 Que el soplo mas fugaz turba y conmueve,
 Pronta á exhalarsé en mísera pavesa:
 ¡Quién á gozarte sin temor se atreve,
 Viéndote amenazar de igual sorpresa,
 Cual en la edad de tristes desengaños,
 En el error de los floridos años!
 De las mismas borrascas combatidos
 Cuantos de la existencia el golfo aramos,
 Robados á la muerte entre escondidos
 Escollos son los días que gozamos:
 Ella nos amenaza aun no nacidos,
 Ella mece la cuna en que lloramos;
 Armas siendo, al vivir, de sus rigores
 Igualmente placeres y dolores.

Con loca imprevisión y alegre risa,
 Entre los juegos que inocente emprende,
 El enjambre pueril sortea y pisa
 Los lazos que á sus pies la muerte tiende.
 Ni del peligro su razon le avisa,
 Ni el temor cauteloso le defiende;
 Juntándose en su boca en un momento
 El grito del dolor y el del contento.

Oid de esta verdad el triste ejemplo,
 Y del paterno amor la amarga suerte,
 Que otro mas lastimero no contemplo
 Ofrezcan los anales de la muerte;
 La lira que á tan triste asunto templo
 Es imposible que con él concierte,
 Mientras dos padres turban sus sonidos
 Con sus desesperados alharidos.

Gozaban ellos del felice estado
 Con que fecundidad á amor corona,
 De ocho hijos bellos en el cerco amado
 Viendo reproducida su persona:
 Premio eran dulce al paternal cuidado
 Nativas gracias, que la edad sazona,
 Y el venturoso hogar en cada dia
 Sembraban de deleite y de alegría.

Cada instante con éxtasis miraban
 Esta guirnalda fiel de sus amores,
 Bendiciendo á los cielos que abrigaban
 Con dulce influjo á tan hermosas flores.
 Mas ¡ay! los infelices no pisaban
 Este ovillo de espinas y dolores,
 Laberinto fatal, lleno de azares,
 Donde para un placer hay mil pesares!!

Pues ¿por qué confiar en su ventura,
 Por mas que les mostrase alegre frente,
 Cuando el genio del mal la mas segura
 Busca, en que se haga su furor patente?
 Á par del huracan, que en la espesura
 De las selvas lanzado de repente,
 Bramando dobla débiles arbustos,
 Y arranca enteros árboles robustos.

En una, de estos dias, tarde aciaga
 Tres de aquellas de amor flores sencillas,
 Con la accion que mas tierna al alma halaga,
 Abrazaron del padre las rodillas;
 Dos de ellos, de himeneo doble paga,
 En una misma cuna, unas mantillas
 Vistieron; y por ser juntos nacidos
 De los dichosos padres mas queridos.

„Padre, padre, á sus pies le dicen ellos,
 „Hoy fue la aplicacion nuestra dichosa,
 „Pues con seguro pulso y rasgos bellos
 „Hemos hecho la plana mas hermosa:
 „Contento está el Maestro; y entre aquellos
 „Que aprecia en mas nos da cabida honrosa;
 „Contento tú tambien, con mano justa
 „El premio nos darás que mas nos gusta.

„Déjanos hoy salir al campo ameno
 „En placentera union y hora temprana,
 „Pues nos convida el cielo mas sereno,
 „Y la pradera á nuestros juegos llana,
 „Vendrá el pequeño Andres, de gozo lleno;
 „Y mas nosotros, viendo cual se afana
 „Buscando al grillo, que en la yerba se halla,
 „Y canta al paso, y perseguido calla.

„Divertidos los tres, gustoso alarde
 „De tu indulgencia y nuestra dicha haremos:
 „Vamos, déjanos ir, que se hace tarde,
 „Y mas breve á tus brazos volveremos:
 „Que á la merienda madre nos aguarde;
 „Y á nuestras hermanitas les traeremos
 „Cierta yerba que llaman sensitiva,
 „Que, como ellas modesta, el tacto esquivo.”

Al blando ruego el padre no resiste,
 Y les concede la fatal licencia,
 Aunque venciendo un sentimiento triste,
 Que el corazon opone á aquella ausencia.
 „Al fin, les dice, pues placer me diste,
 „Justo es que os muestre yo correspondencia:
 „Hijos, partid, y que al caer del dia
 „Vuelva á mi casa en vos nueva alegría.

„Siempre juntos marchad, y en medio vaya
 „El delicado Andres, porque oportuno
 „El ímpetu de entrambos tenga á raya,
 „Que por gemelos, aunque dos, sois uno.
 „Ni os pareis en corrillos, ni deis vaya
 „A ciego ni á lisiado, ó pobre alguno;
 „Sino el prado buscad que con sosiego
 „Se brinde grato á vuestro amable juego.”

Asi les dice, y la palabra blanda
 Apenas suena en el pueril oido,
 Cuando ya aparta la gozosa banda
 La leve planta del umbral querido.
 Y de su ciego gusto en la demanda
 Ya la anchurosa calle han recorrido
 Que al arco excelso va, que á la memoria
 Del tercer Carlos es arco de gloria.

Ya del Prado las frescas alamedas
 Atraviesan con pasos diligentes,
 Al sordo ruido de las raudas ruedas,
 Que se confunde al de sus claras fuentes;
 Dorados trenes, matizadas sedas,
 La gala, el lujo en sexos diferentes,
 Nada para á los tiernos jovencillos,
 Que otros gustos los llaman mas sencillos.

Ya, en fin, los lleva su veloz carrera
 Hasta el viejo porton, y antigua plaza
 Cercada del palacio, que antes era
 De ambos Filipos de la Austriaca raza.
 Entran: mas ¡ay! sin ver la Parca fiera
 Que oculta en el umbral los amenaza,
 Murmurando con son ronco, indistinto:
 „Ya no es vuestro el salir de este recinto.”

Mas los incautos pasan de corrida
 Sin refrenar los juveniles fuegos,
 Que si hay errores en la humana vida
 Los de la tierna edad son los mas ciegos.
 ¡Oh cuántos sitios la mansion florida
 Brinda al deleite de sus caros juegos!
 Verdes alfombras, prados florecientes,
 Secretos bosques y graciosas fuentes.

Y estos encantos nada les inspiran;
 Ni á detenerlos basta aun el rugido
 Del leon, que á los libres que le miran
 Espanta aprisionado, y no vencido.
 Ni el blando movimiento con que giran
 Por el lago sereno y extendido
 Los ánades con palas coralinas,
 Dividiendo las aguas cristalinas.

Ni el canto de amorosas filomenas,
 Que entre árboles modula acorde y vario,
 Y en que el dulce embeleso de sus penas
 Encuentra el cortesano solitario,
 Les mueve á entretenerse en las amenas
 Sombras; sino que buscan al contrario
 Seco y desierto un montecillo oculto
 Del vasto parque en el confin inculto.

Alli encuentran los tres su paraiso:
 Alli fijan el pie, donde natura
 Parece que olvidar de enojo quiso
 Toda frondosidad, toda verdura:
 Solo á diez arbolillos da permiso
 De ostentar su pobreza y su tristura
 En torno de una noria carcomida,
 Inútil para dar al campo vida.

Mas como alli se ven solos, y dueños
 De explayar su traviesa fantasia,
 Empiezan vivos, sueltos y risueños
 Sus juegos entre gritos de alegría ;
 Ya entre sí se estimulan con empeños
 De agilidad y loca valentía ;
 Ya en dar carreras, ya en saltar se huelgan ;
 Ya á los débiles árboles se cuelgan.

Gozaban con un júbilo infantilino,
 Bien lejos de pensar los inocentes
 Que aquel fiero ministro del Destino
 Volando andaba encima de sus frentes ;
 Que fue sombra importuna en su camino ;
 Y que hasta sus caprichos imprudentes
 Eran traidoras redes que él tendia
 Para volver en llanto su alegría.

Aparte de ellos el pequeño hermano
 En su menuda caza se ejercita,
 Buscando un negro grillo que cercano
 Con ala trinadora el canto imita.
 De ambos gemelos el esfuerzo vano
 La vieja noria al movimiento incita,
 Que entorpecida con revueltos lazos
 Burlaba el brio de sus tiernos brazos.

Cansados dejan la palanca tosca,
 Por acercarse hácia la obscura sima
 Que el agua escasa da profunda y hosca
 Al torno agotador que rueda encima:
 Haciendo que, á la par que en él se enrosca
 La acuátil carga, trabajoso gima:
 Tanto se hunde en los senos de la tierra
 Lo que el gran socavon profundo encierra.

Y, ya en el suelo afirman la rodilla
 Por no escurrirse en el movable escombro;
 Y ya puestos de bruces en la orilla
 La negra poza observan con asombro:
 „¿No ves cómo resuena si uno chilla?
 „¡Cuál tu nombre repite si te nombro!“
 (Dice el uno); y gritando „¡Paco, Paco!!“
 Paco, Paco, repite el fondo opaco.

Entretanto del Hado el monstruo horrible
 De su vista feroz no los perdía,
 Y alto sobre la noria, aunque invisible,
 De sus odiosas alas la cubría:
 Los ojos, de que un rayo el mas terrible
 Hácia el fondo del agua dirigía,
 En él reverberaban rutilantes
 Cual dos claros carbuncos ó diamantes.

Al resplandor que vieron de repente

Los dos gemelos luego se alborozan:

„¿Qué será aquello, dicen, reluciente

„Que, no la mano, mas los ojos gozan?

„Joya será perdida incautamente,

„Que aqui los tiempos con rigor destrozan:

„Gusto fuera cogerla, y dar con ella

„Dulce sorpresa á nuestra madre bella.”

„No tan baja está, no, dice un hermano,

„Como parece el agua; yo respondo,

„Que colgado en la rueda de una mano

„Con la otra bien podré llegar al fondo.”

Y, sin pensarlo mas, se lanza ufano

A la rueda, y bajándose en redondo,

Con un brazo á la máquina se prende,

Y con otro la joya alzar pretende.

El rostro de la furia centellea

Con brillo, que en el agua mas resalta.

El jóven desde el cuévano vocea

„Acude, hermano, ven, poco me falta;

„Si tú me ayudas nuestra es la presea.”

Este al punto á la rueda tambien salta,

Y librando su cuerpo al aire vano

Su brazo añade al brazo del hermano.

Mas ¡ay! que duramente estremecida
 Al peso de ambos la ruinosa rueda
 La débil mano que á ella estaba asida
 Al áspero temblor hace que ceda:
 Bajan los dos con misera caída
 Sin que hermano valer á hermano pueda,
 Y unidos de la sima en lo profundo
 Juntos, como al nacer, salen del mundo.

El hermanillo Andres, que al gozo atento
 De cautivar sus grillos solo andaba,
 Cuando en su oído el último lamento
 De sus tristes hermanos resonaba,
 Corre desatinado y sin aliento
 A donde el ominoso pozo estaba:
 La boca sin gemir yerta de espanto,
 Los ojos sin llorar brotando llanto.

Duramente extendidas adelante
 Las manitas y brazos ternezuelos,
 Corre; pero no mide el tierno infante
 El término falaz de sus anhelos:
 Llega, y propasa el borde, y al instante
 Pierde apoyo y favor de tierra y cielos;
 Y al sepultarle el pozo, aun de él salía
 La cariñosa voz de „¡Ay madre mía!!“

Grito que alborozó á la Furia alada
 Con bárbaro placer, y el vuelo alzando
 Estremece la atmósfera turbada
 Cual de buitres voraces negro bando;
 Y antes de hundirse en su infernal morada
 Miró al pozo fatal, y vió espirando
 Los tres hermanos darse en ciegos lazos
 Los mas forzosos y últimos abrazos.

A veinte estados de la tierra hundidos,
 Robados á la luz del dia claro,
 El agua les sofoca los gemidos,
 Y los tres mueren sin favor ni amparo.
 ¡O de un padre infeliz hijos queridos,
 Cuánto su tierno amor os cuesta caro!
 ¡Ojalá fuera menos su indulgencia,
 Y nunca os diera la fatal licencia!

¡Qué ha de hacer cuando vea que se pasa
 El instante, que anhela cuidadoso,
 De que volvais á la paterna casa
 De su prole á cerrar el cerco hermoso!!
 ¡Cómo esa pobre madre pondrá tasa
 Al dolor, cuando el velo pavoroso
 Tienda la noche; y, al cerrar su puerta,
 Vuestra atroz perdicion dé ya por cierta!!!

La desesperacion á la esperanza
 Sucederá en sus pechos anhelosos,
 Que á placer dejará su dura lanza
 Clavada al corazon de ambos esposos;
 A cuanto el eco de su voz alcanza
 Llenarán de alaridos dolorosos,
 Y sus ojos al llanto siempre abiertos
 En vano os buscarán vagos é inciertos.

En tanto á toda madre esta memoria
 Turbará en los vergeles del Retiro;
 Ni el triste altillo y la funesta noria
 Verá sin tributarle algun suspiro.
 ¡Y mas si su ventura hace ilusoria
 Tragedia igual; cual en mi suerte miro,
 Que tambien lloro prendas harto amadas
 En tierna flor y sin sazon robadas!

Arboles, que cercais el tosco asiento
 En que de tanto mal fuisteis testigos,
 No consintais en vos canoro acento,
 Mostrándoos siempre del silencio amigos;
 Obeliscos del triste monumento,
 Y de vanos curiosos nunca abrigos,
 Los padres solo en vos su nombre graben,
 Que son los que llorar los hijos saben.

En el túmulo erigido por la Duquesa de
B. á su difunta hija la Marquesa de C.

Dios solo es grande: la grandeza humana

De Josefa Giron ya es sombra vana.

Desde esta tumba con dolor profundo
La ofrece á Dios quien la produjo al mundo.

Cuéntela el Cielo en méritos de gloria
Las prendas que hacen grata su memoria.

En el sepulcro de los amantes del REY
que salieron á recibir á las tropas Realistas,
y fueron degollados por los revolucionarios
en el camino de Alcalá.

EPITAFIO.

¡ **A**y de nosotros, que en aciago día

Fieles la insignia á saludar volamos

De Religion y Rey! Fiera anarquía

Con inclemente espada nos inmola;

Y esta espada ¡qué horror! era española.

QUALIDADES DE LOS BUENOS VERSOS, Y DE LOS
BUENOS POETAS.

CANTO DIDÁCTICO. *

DEL Pindo, en vano, en la superna cumbre
Aspira á merecer métricos lauros
Temerario escritor. Si no le inflama
Estro divino, ó ya no plugo al cielo
Que naciese Poeta, en corta esfera
Su escaso ingenio arrástrase cautivo;
Y su infeliz clamor encuentra siempre
A Febo sordo, indócil al Pegaso.
¡O tú que sigues del talento ameno,
Con peligroso ardor, la áspera senda!
Guarda no consumirte en pobres versos,

* Es traduccion del primer canto del Arte poética
de Boileau.

Ni, atribulando á fugitiva musa,
 Al ansia de rimar ingenio llames;
 Teme de tu afición el falso halago,
 Y, antes que escribas, tu aptitud sondea.

Entre los claros Genios, que benigna
 Creó Natura, en repartir se place
 Sus varios dones. Pinta bien el uno
 En dulces metros, amorosa pena:

Un epigrama armar de un dicho agudo

Saben otros tambien: hasta los astros

Malherbe encarecer los claros héroes,

Y celebrar Racán bosques y Ninfas.

Mas hay tambien quien las lisonjas oye

De su amor propio, y engañado escribe;

Y el que de algun meson con rudos versos

Iba tiznando ayer los rotos muros,

Hoy á cantar se arroja impertinente

Del Pueblo Hebréo la triunfante fuga,

Por los desiertos á Moises persigue,

Y con su duro Faraon se anega.

Ya festivo trateis, ya grave asunto,

Hermánese la rima al buen sentido,

Que discordes no estan, quanto alguien piensa.

Sierva es la rima, obedecer le cabe:

Quien primero en buscarla se afanaba

Hállala luego dócil á su mente:

De la razon al yugo al fin se rinde,

Y, lejos de dañar, sirve y adorna.

Mas de quien la descuida ella se esconde,

Y el sentido despues la busca en vano:

Seguid pues la razon, y de ella sola

Valor y lustre vuestro verso aguarde.

De insensato furor alucinados

Los mas desquician siempre el pensamiento,

En sus monstruosos versos desdeñando

Decir lo que otro imaginar pudiera;

Huyamos tal exceso; y la honra toda

De tan vano oropel guarde la Italia.

Todo ceda y se acerque al buen sentido;

Que si es la senda angosta y resbalosa,

Y á leve olvido el precipicio sigue,

Solo por ella la razon camina.

Autor hay que prolijo no descansa

Si su objeto no apura y desmenuza :
 Se le ofrece un palacio, y lo primero
 La fachada te pinta ; una por una
 Por las estancias todas te pasea ;
 Cada dos pasos á un balcon te asoma
 Para que notes los balaustres de oro ;
 Un vestíbulo aquí, la escalinata
 Por otro lado , y por contar del techo
 Los óvalos, la nuca te destruye.
Todo astragalos es, festones todo.
 Yo voy saltando páginas, y apenas
 Por el jardín me salvo escabullido.
 Huye tú así tan vanos pormenores ;
 Siempre lo que es superfluo es enojoso,
 Y empalagado el gusto lo repugna :
 Sabrá escribir quien sepa ser conciso.
 Por evitar un mal ; ó cuántas veces
 Damos en mal mayor ! un verso flojo,
 Que voy á corregir, duro le vuelvo :
 Quiero no ser prolijo, y me hago obscuro :
 Aquel, por no afectar, es seco y pobre :

Este no es bajo, y piérdese en las nubes.
 Quieres te ame el lector, varía el estilo;
 Que si uniforme y siempre igual camina,
 Aunque mas brille, es fuerza nos aduerma,
 Y son poco leídos los autores
 Que, reclamationes del sueño, en igual tono
 Nos cantan siempre á estilo de salmodia.
 Feliz aquel, que con flexible verso
 Y con ligera voz llevarnos sabe
 De grave en dulce, y de jocoso en serio:
 Dulce al lector su libro, á Febo grato,
 Hará que sin cesar de su librero
 Cerquen la tienda ansiosos compradores.

En todo asunto huid los bajos modos,
 Pues cabe su decoro en todo estilo.
 Pudo agradar ó deslumbrar un dia
 Burlesco absurdo, á confusion del juicio;
 Henchida de retruécanos vulgares
 Corrió sin freno licenciosa rima;
 Y el Pindo habló lenguaje de mercados,
 Disfrazado en truhan el mismo Apolo.

De la Provincia se extendió esta peste
 A Paris y la Corte; desde el pueblo
 A boca de los Principes pasando:
 No hubo en fin chocarrero sin aplausos,
 Y el mismo Dassucí logró lectores.
 Al cabo ya la extrayagancia facil
 De tan vil gusto apercibió el palacio;
 Lo que es grotesco, ó natural gracioso,
 Distinguir supo, y desterró por siempre
 A las provincias la grosera gracia.
 ¡O nunca empañe tus sencillos versos
 Género igual! mas de Marot aprecia
 La culta chanza, y de talento sirva
 La burla infame al charlatan de plaza.

Tampoco vayas, de Brebuf á ejemplo,
 Por ser Farsalia, en campos hacinando
De heridos héroes montes gemebundos.
 Toma un medio, con arte sé sencillo,
 Noble sin pompa, y sin afeito grato.
 Cuanto agradar no deba, omite canto,
 Severo oido á la cadencia ajusta,
 Y el hemistiquio en la mitad del verso

Quede siempre suspenso, haga una pausa.

Procura que en el tuyo presurosa

Una vocal con otra á herir no vaya:

Sonoras voces presta á la armonía,

Y huye el encuentro de sonidos duros:

La idea mas feliz, el mejor verso,

Pierde el vigor cuando al oído ofende.

Del Parnaso frances allá en la infancia

El capricho fue ley: líneas rimadas,

Voces de inelegante desaliño,

Sin ritmo ni medida eran los versos:

En tan grosera edad supo el primero

Villón dar regla á la rutina oscura

Del viejo trovador; Marot tras este

Con mascaradas, tríos y balatas,

Varió la rima, y al rondel gracioso

Con estribillo intercalár sujeta;

Nuevo artificio en componer mostrando.

Ronsard despues con raro modo emprende

Todo arreglarlo, y todo lo confunde:

Y aunque gustó algun tiempo, al fin la musa

Que en frances quiso hablar latin y griego,

Vió derrumbarse con grotesco salto
 De sus vocablos el pedante orgullo,
 Y del loco escritor la gran caída,
 Sirvió á Deporte y Berto de escarmiento.

Vino Malherbe, en fin, primero en Francia
 Que al metro supo dar cadencia justa:
 Mostró el valor de bien situadas voces,
 Y al Pegaso, aun feroz, redujo al freno.
 Sabio escritor, á quien la lengua debe
 No herir ingrata al delicado oído:
 Dió movimiento y gracia á las estancias,
 Y vedó el cavalgar verso con verso:
 A todos fue, y aun es, modelo y guía.
 Sigamos pues sus huellas, imitando
 De su elegante frase la pureza,
 Porque á la menor duda que en el verso
 Suspende la atención, desmaya al punto,
 Y de sonidos vagos fastidiada,
 Al misterioso autor seguir desdeña.

Talentos hay que entre tinieblas densas
 Sus confusas ideas siempre envuelven,

Impenetrables de razon al rayo ;
 Tú, antes que escribas, á pensar aprende:
 La expresion copia siempre al pensamiento,
 Clara ú oscura, como lo es él mismo:
 Lo que bien se concibe, bien se enuncia,
 Y voluntaria la diccion se ofrece.

Sobre todo, la lengua en vuestro estilo
 Siempre sagrada, inviolable sea: Y
 Con voz impropia, ó con vicioso modo
 En vano adula ingrato son mi oreja:
 Ni hay para mi afliccion como el encuentro
 De un solecismo en la mitad de un verso.
 El autor mas sublime, sin language,
 Será en el fondo un escritor maldito.

Trabaja, aunque te apuren, con sosiego;
 No de inútil presteza haciendo alarde,
 Rápida frase de tropel forjada,
 Mas que el ingenio el poco juicio indica;
 Asi por blanda arena deslizado,
 O entre flores dormido el arroyuelo
 Mas me deleita, que el rumor fragoso
 Con que un torrente entre peñascos cae.

Afánate despacio; y veinte veces
 La tela vuelva al obrador tu mano.
 Limar conviene siempre, y pulir mucho,
 Añadir algo, y condenar sin miedo.

Ni basta que un escrito, hirviendo en faltas,
 Rasgos de ingenio alguna vez despida;
 Su lugar propio ocupe cada cosa;
 Y al principio y al fin responda el medio;
 Y, cual piezas por mano delicada
 Juntas, un solo todo hagan las partes.
 Ni lejos del asunto divagando,
 A buscar vayas frases peregrinas.

¿ La crítica te espanta? á criticarte
 Aprende tú severo: la ignorancia
 Es de sí propia nata admiradora.
 Busca amigos, que sepan ser censores,
 De todo error intrépidos contrarios;
 Confiales tu obra, y para oírlos,
 La vanidad de autor caiga á sus ojos:
 Mas no llames amigo al lisonjero
 Que en aplauso exterior de ti se burla;

Toma al consejo, y no al elogio, gusto.

Al punto exclama un lisonjero, ¡ *oh bravo!* —

No hay verso que no admire y no celebre,

Todo es bello, divino, con elogios

Te interrumpes al leer, y de ternura

A cada paso el llanto se le suelta.

De extremos tales la verdad carece:

Inflexible, severo, el buen amigo

Nunca en errores descansar te deja,

Negligencias de estilo no perdona,

Ni dislocado un verso sufrir puede,

La locucion enfática reprime,

Allí el sentido, aquí la frase enmienda;

Aquella construccion, dice, es oscura,

Aquel término equívoco: aclaradlo:

Así habla siempre el verdadero amigo.

Mas tal language raro autor le escucha:

Tercos en defender cuanto producen,

Del agraviado error toman la parte.

¿ La expresion, dices, de este verso es floja?

— Justamente es mi verso favorito,

Responderá. — Por fria yo quitara

Aquella voz. — La mas feliz de todas.
 — Me disgusta esa frase. — A todos gusta.
 Firme así en no ceder, tu misma nota
 Le da á estimar su error; y luego dice,
 Busca un censor que de sus versos sea
 Juez imparcial: mas su modestia es lazo
 En que te prende, á fin de que los oigas.
 Los oyes, y te deja; y otro incauto
 Busca á quien embobar, que nunca falta:
 Que si necios autores tiene el siglo,
 De admiradores necios no escasea;
 Pues se hallan en Paris, como en Provincia,
 En el alto palacio, y grave fóro:
 Engendro literario no hay tan triste
 Que no halle un cortesano por padrino;
 Y, en sátira acabando, nunca falta
 A un tonto, otro mas tonto que le admire.



CARACTER, ESTILO Y PROPIEDAD CONVENIENTE
A CADA GENERO DE POEMAS.

CANTO SEGUNDO.

Cual no se adorna, en fiestas, la Aldeana
De oro lucente, ó rica pedrería;
Mas de su prado amigo alcanza flores,
Que da en guirnalda á sus airosas trenzas:
Así halagüeño, y con modesto porte
Brilla sin pompa el elegante Idilio;
Su estilo simple, ingénuo, y no fastoso,
Esquiva el lujo de pomposos versos,
Y debe solo á su genial dulzura,
No á grandes frases, el placer que inspira.
Muchos, perdiendo el hilo delicado,
Rabel y avena de despecho arrojan;
Y locos, en mitad de un tierno Idilio,

Hacen sonar la rumorosa trompa;
 De miedo Pan se esconde entre las cañas,
 Y huyen al agua tímidas las ninfas.

Otros, de humor contrario, á sus pastores
 Prestan language tan villano y tosco,
 Que el desgraciado verso tristemente
 Por la tierra se arrastra envuelto en lodo;
 Cual si Ronsard grosero á inflar volviera
 La ruda avena en góticos Idilios,
 Convirtiendo, á despecho del oido,
 A Tí tiro en *Anton*, y en *Menga* á Filis.

Sigue, si anhelas el mejor sendero,
 De Virgilio y Teócrito los pasos;
 Lee sus áureas páginas, escritas
 De mano de las Graclas, noche y día:
 Reglas del arte son solo sus versos,
 Que lo mas bajo á ennoblecer enseñan,
 A pintar á Pomona en sus vergeles,
 Flora en sus campos, y de dos pastores
 Decir el dulce contender cantando:
 Lazos de amor llorar inevitables,

A Dafne hacer laurel, flor á Narciso,
 Y con cual arte, en fin, selva y zampoña
 Pueden á veces ser de un Cónsul dignas.
 Tal gracia, tal valor la Egloga tiene.
 Con mas sublime son, no mas altivo,
 La flébil Elegía, en negro manto,
 Suelto el cabello, entré cipreses llora:
 Gustos de amor pintando, ó dulces penas,
 Conmueve ó satisface á la Hermosura:
 Mas para propagar tan blando fuego
 Conviene amante ser, mas que poeta.
 ¡O cuál la Musa lánguida me enoja,
 Que de su llama siempre habla entre hielos,
 Y artificiosa, por rimar, presume
 Siempre morir ó enloquecer de amores!
 Voces son, y no mas, sus graves ansias;
 Solo por tema arrastran sus cadenas,
 Su afan bendicen, su prision adoran,
 Y dan al juicio y la razon tormento.
 No fue, en verdad, tan afectado el tono
 En que inspiraba amor los dulces versos
 Que suspiró Tibulo; ni de Ovidio

Inflamando la tierna melodía
 De la amorosa ciencia los arcanos
 Así dictára. Al corazón tan solo
 Toca dar blando aliento á la Elegía.

Igual en brio, y superior en pompa,
 La Oda sus alas ambiciosas tiende,
 Y sube al cielo á embelesar los dioses.
 Ya en Elide abra el campo á los atletas,
 Ya al polvoroso vencedor corone,
 O á Aquiles en furor pinte á la orilla
 Del Simoente, ó al soberbio Escalda
 Haga humillarse de Luis al yugo.
 Cual officiosa abeja á veces vuela
 De flor en flor los prados despojando;
 Danzas, festines, juegos ora pinta;
 Ora un beso celebra, dulce robo
 De los labios de Filis, que sin fuerza
 Le rehuye, y que á veces caprichosa,
 Para dejarle arrebatár, le niega:
 Y aunque sin freno al parecer delira,
 Hijo es del arte su desórden bello.
 Lejos de mí los tímidos cantores,

Que al estro dan didáctica medida,
 Y no del héroe el vuelo generoso,
 Sino el hilo sutil del tiempo siguen:
 Ni osan alzar los ojos de la historia,
 Ni á Dola toman sin rendir á Lila,
 O si con versos coronistas antes
 No echar por tierra de Coutraí los muros:
 En fuego ¡ó cuán avaro les fue Apolo!

Por probar á los Galos rimadores

Aquel singular Dios, dicen, que un día
 Rígidas leyes prescribió al Soneto,
 En dos cuartetos de medida iguales
 Con gracia hizo alternar dos solas rimas;
 Luego seis versos enlazó en tal modo
 Que el concepto en tercetos los separe:
 Toda licencia prohibió en tal obra,
 Fijóle, él mismo, número y cadencia,
 Cerró la entrada á todo verso débil,
 La misma voz no consintió dos veces;
 Y así, en fin, le adornó, que si es perfecto,
 Al mas largo poema en precio iguala.

Mas ¡ay! que inútilmente mil poetas
 Al premio aspiran: el soneto es Fenix
 Que aun está por hallar: se admira apenas
 En Gamboldo, en Minard, ó Malevila,
 Uno ó dos entre mil; los otros tristes,
 Cual los de Peletier, sin ser leídos
 Del librero al droguista van de un salto,
 Porque les viene siempre al pensamiento
 Larga ó corta la rígida medida.

En mas ceñidos límites mas libre
 El Epigrama es, con frecuencia, solo
 Un dicho agudo envuelto entre dos rimas.
 Tiempo fue en que ignoraron nuestros Vates
 Del conceptillo ó sutileza el uso:
 De esta plaga la Italia el don nos hizo,
 Y al vulgo deslumbró, que al nuevo cebo
 Avido corre y de favor le colma,
 Él insolente cunde, y luego infesta
 Con enjambre de equívocos el Pindo:
 Al simple Madrigal primero invade,
 Penetra luego hasta el Soneto altivo,

Abrígale en su estilo la Tragedia,
 La Elegia le admite en sus clamores:
 No daba amor suspiro sin concepto,
 Ni hubo pastor que en su dolor no fuera
 Mas fiel á la agudeza que á su Filis:
 Andaban los vocablos con dos caras,
 Como en el verso en la corriente prosa;
 Con ellos hizo equivocá el jurista
 La ley, y el doctor grave el evangelio.
 La ultrajada razon, al fin despierta,
 Le expulsó por jamas del serio estilo,
 Y marcado de infamia en cualquier obra,
 Le confinó por gracia al Epigrama,
 Con tal que el chiste láncese oportuno
 Del pensamiento, y nunca del vocablo.
 Asi se atajó el mal: aunque en la corte
 Quedaron siempre insípidos graciosos,
 Miserables juglares, partidarios
 Del gusto añejo del jugar de voces.
 No porque yo repruebe que festiva
 O maligna la vena á tiempo abuse
 Del sentido indirecto de un vocablo:

El exceso reprendo, y que te ocupes
 En aguzar con frias sutilezas
 La cola de un insipido Epigrama.

Cada poema en galas privativas
 Se adorna: asi, por hijo de las Galias,
 Muestra el Rondel su ingenuidad alegre:
 En su gótica forma aun la Baláta
 Por el capricho de las rimas luce;
 Y el simple Madrigal en noble tono
 Respira amor, ternura y sentimiento.

De sátiras se armó la verdad misma,
 No por herir, mas por mostrarse al hombre:
 Lucilio la adoptó, cual fiel espejo
 De los vicios de Roma, vindicando
 A la humildad de la opulencia altiva,
 Y al justo á pie, del péfido en litera.

Horacio á esta acritud su humor jocoso
 Juntó, sin que en su tiempo hubiese en Roma
 Fatuo ni necio impune, y triste el nombre
 De escarnio digno, y propio á la cadencia;
 Que se halló preso en su maligno verso.

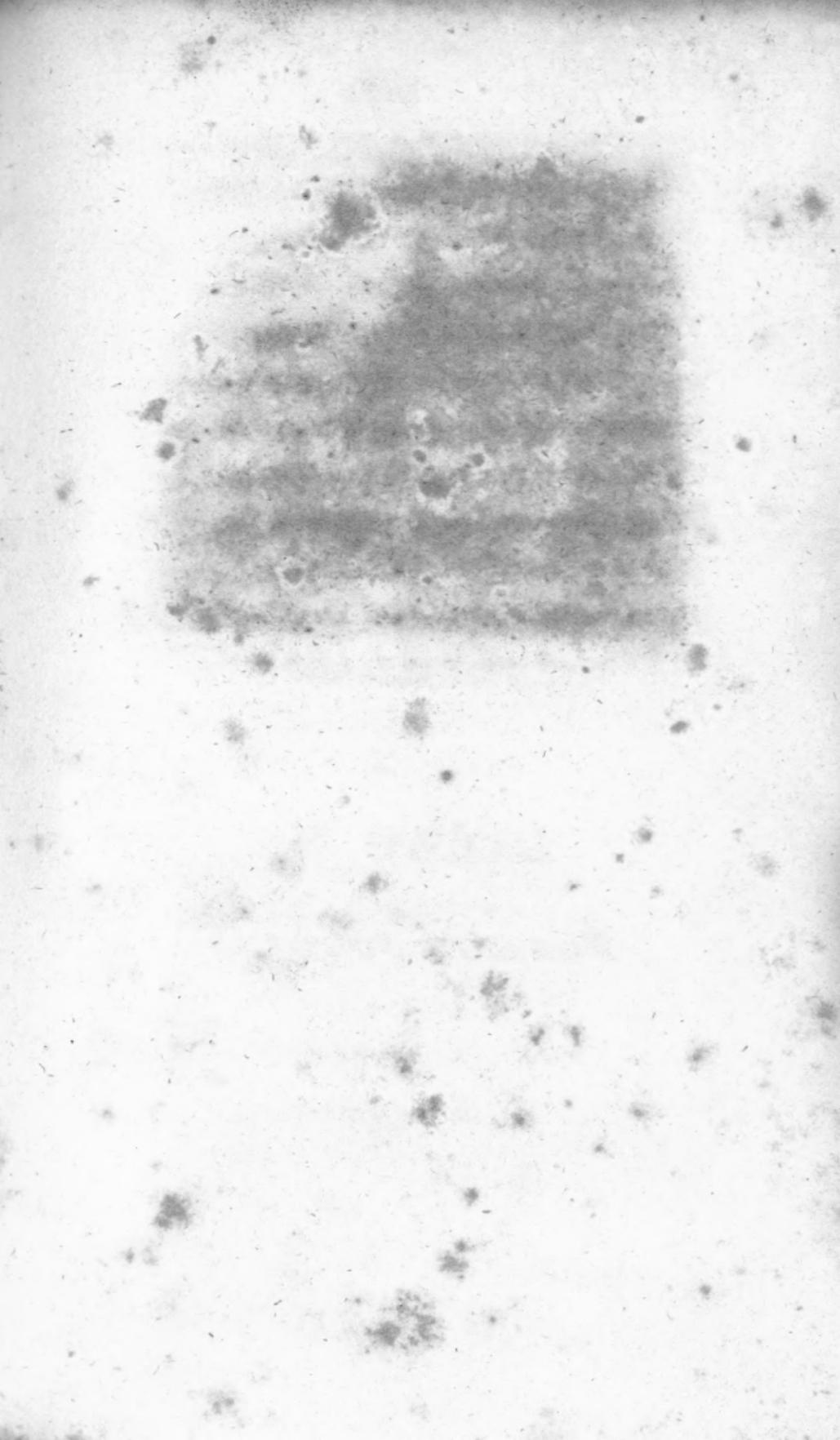
Persio en el suyo oscuro, aunque nutrido,
 Mas cosas afectó envolver que voces.
 Juvenal, hecho al escolar estruendo,
 La hipérbole mordaz lleva á lo sumo:
 De terribles verdades su obra henchida,
 En sublimes bellezas centellea:
 Ya que, al abrir de un pliego, á sus pies huelle
 Del vil Sejano la adorada estatua;
 Ya que al Senado arrastre á los Ministros,
 Aduladores trémulos é infames
 De un suspicaz tirano; ó, roto el freno
 De su impúdica furia, á Mesalina
 Venda en vil precio al lupanar romano:
 Siempre en esto y furor sus versos hierven.

Procaces versos toleró el Latino;
 Mas el lector frances ama el decoro:
 Cualquier sentido obsceno le displace,
 Cuando la voz no le disfraza honesta:
 Candor quiere la Sátira, y no en voces
 Desvergonzadas predicar vergüenza.

Arte y juicio aun la leve seguidilla

Requiere. Mas no es raro que el acaso
 Ó el vino inflame á una ignorante vena,
 Y un niño sin talento haga una copla.
 De hallazgo tan casual no el humo vago
 Suba á desvanecer tu mente incauta.
 ¡Qué es ver como el autor de una coplilla
 Se apropia al punto el título de vate!
 Luego un Soneto suda, ó bien trasnocha
 Por seis repentes que improvisa al dia;
 Y gracias, si en locura rematado,
 No imprime al fin sus maravillas necias;
 Y él mismo al frente de ellas no se graba
 Por buril diestro, y de laurel ceñido.







Cha' Heath del. scul.

Tal vez juega el ingenio. y se disfraza:
Y la verdad con la malicia culaza ~

LIBRO V.

POESIAS JOCOSAS

ó

Del genero Satírico.

LA FUNCION DE VACA

LIBRO QUINTO.

CONTIENE POESIAS FESTIVAS

6

DEL GENERO SATIRICO.